

La paz de San Juan de las Abadesas

Salud, villa que descansas
sobre alfombra de azucenas
en las márgenes amenas
que baña el naciente Ter...
En tus bosques solitarios
bajo tu cielo estrellado
¡cuántas noches he pasado
de tristeza y de placer!
El pobre viador herido
por recuerdo doloroso
que no encuentra su reposo
dentro de ciudad falaz
y apartado del gran mundo
quiere en plácido retiro
exhalar algún suspiro
y vivir en dulce paz
atraviesa tus umbrales,
y bajo dorado techo
se duerme en el blando lecho
que tu mano preparó;
y cuando con tintas de oro
la montaña se cobra,
se despierta con la aurora
tranquilo cual se durmió.
Elegante y placentera,
siempre noble, no se abriga
de los partidos la intriga
en tu recto corazón,
no conoces el orgullo
ni la astucia solapada,
y a doctrina revelada
subordinas la razón.
Y vives según Dios manda:
sin rencores, sin querellas;
y tus noches son tan bellas
como un suspiro de amor,
y tus días apacibles.
Y lucen tus alboradas
tan puras, tan perfumadas
como el cáliz de la flor.
El lujo de las ciudades
que a las familias devora
en tu recinto se ignora
y vives feliz sin él:
celebras tus navidades
y tienes tus alegrías;

mas nunca de las orgías
pasaste el negro dintel.
En los siglos turbulentos
el ruido de las guerras
apenas llega a tus sierras
como un lejano rumor:
y en los disgustos y azares
si el ángel malo no ceja,
de tus murallas lo aleja
un arcángel del Señor.

El Santísimo Misterio
que en tu santuario veneras
da la vida a tus riberas
y es tu gloria: pueblo fiel,
cuando en tus himnos le cantas.
Bien puedes erguir la frente,
porque un milagro patente
es tu escudo y tu broquel.
Hallará quien te aborrezca
en el odio su castigo;
que es bello vivir contigo
en tu ribera feraz:
por las umbrosas orillas
del rico Ter ir vagando.
Y bajo tu cielo blando
contar las horas en paz.
Que es bello en tus alamedas
escuchar los cantos suaves
de la reina de las aves
que se posa en el laurel:
recrearse en el murmurio
de la solitaria fuente.
Y aspirar el fresco ambiente
en el florido vergel.
Oír el silvo del Noto
y ver la dorada abeja
que satisfecha se aleja
hacia su dulce panal:
y en las vegas esmaltadas
seguir a la mariposa,
cuando acaricia a la rosa
con sus alas de coral.

Josep Blanxart i Camps: *La Paz de San Juan de las Abadesas*, 1858.